

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. Hija, esposa y madre (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—A las ruinas de Ampurias, poesia, por doña Maria Mendoza de Vives.—Deberes de la mujer (continuacion), por D. Eusebio Blasco.—Una artista, (continuacion), por D. José Muñoz Gaviria.—Teatros, por una madre de familia.—Explicacion y aplicacion del figurin de modas, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXXI.

VALENTINA A CÉSAR.

Urrea de Jalón, setiembre de 18...

No puedo ni debo acudir mas á la avenida de la fuente: todo el pueblo se ha enterado ya de mis escursiones á aquel sitio y me veo comprometida de una manera horrible.

¡Ah! señor marqués,—porque á pesar de su empeño jamás le llamaré de otro modo:—señor marqués, qué desgracia ha sido para mí el haberle conocido y el haberle amado! qué feliz era yo, y qué feliz hubiera sido toda mi vida si no hubiera venido á este pais, si nunca le hubiera visto! pero ahora... ahora todo es en derredor mio sombras y dolor!

¿Por qué, si nos habiamos de hallar en el camino de la vida, no hemos nacido en la misma clase? ¿por qué no pertenece V. al pueblo ó pertenezco yo á la aristocracia? ¡amarga burla de la suerte, que así nos acerca y así nos separa!

Pero no importa, yo debo deshacer ese encanto fatal que me envuelve! yo debo ser quien me aparte la primera del precipicio á donde corria ciega con mi amor! ya no volveremos á vernos, ó, á lo menos, ya no volveremos á hablarnos.

Nunca he creído en la posibilidad del amor
Año I.—Núm. 38.

de V., y por tanto estoy segura de que se consolará de perderme: en la corte, á donde V. marchará muy pronto segun he oido, se distraerá entre las fiestas y los placeres, y olvidará que existe en este escondido valle una pobre y sencilla muchacha campesina que le ama, que le amará toda su vida, que á nadie mas podrá amar!

Y luego, casándose con la bella y orgullosa señorita de Campoverde, ¿podrá V. pensar en nada? ella le sabrá echar al cuello un yugo muy suave, pero que será yugo... y tan estrecho, que no le dejará ni la facultad de pensar en nadie.

Adios, pues, señor marqués... adios para siempre...! ¡para siempre! ¡terrible palabra! al escribirla, tiembla mi mano y se estremece mi corazon! Dios le perdone á V. el mal que me ha hecho... del mismo modo que se lo perdono yo!

A lo menos sepa que hay en el mundo un corazon todo suyo...! un corazon que le ama como nadie le amó, como nadie le amará jamás! Sea V. tan dichoso como yo le deseo, como merece serlo... y en medio de esa dicha, que no dudo hallará muy pronto, olvide á la desgraciada, á la solitaria y triste

VALENTINA.

XXXII.

CÉSAR A CAMILO.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

Yo no sé si estoy loco, Camilo: si soy culpable, ó si soy solo el mas desventurado de los hombres.

A pesar de tu largo, de tu severo, ó mas bien de tu desdeñoso silencio, voy á escribirte lo que sucede, para que tú, corazon fuerte, alma enérgica y bien templada me digas lo que harías si estuvieras en mi lugar.

Lee, y suprime la sonrisa compasiva con su tinte de sarcástica, que casi siempre habita en tu hermosa boca.

Mi casamiento con Clara se ha deshecho:
16 DE OCTUBRE DE 1864.

amo á otra jóven, y he ido á enamorarme de ella precisamente cuando ya iba á recibir la bendición nupcial con la señorita de Campoverde.

¿Y sabes quién es el ángel á quien amo? pues es hija de unos labradores, pobre y de humilde cuna; pero educada por Honoria, tu hermana de leche, con lo que se dice que será un modelo de distincion, bella como el sueño del primer amor y dotada de un talento que arrebatara.

Sí, César, si la vieras, me encusarias, y con vendrias conmigo en que posee todas las seducciones ante las que sucumben el corazón, la razón y los sentidos.

He dejado á la altiva Diana, por la rubia Hebe.

He abandonado la aspereza por la dulzura.

La tibieza por la pasión.

La hermosura majestuosa y severa por las suaves y rientes gracias de la adolescencia.

¿Quién me acusará por el cambio?

Tal vez tu caballerosa hidalguía: tal vez eso que tú llamas pundonor, ese sentimiento al que toda tu vida te has sacrificado, y al que has inmolado tu bienestar y hasta tu fortuna: sí, mi pobre conde arruinado, espero las impugnationes que me hagas: tú, que comprometiste todo cuanto poseías en la fianza que te pidió un truhan que supo engañar toda la candidez que se oculta bajo tu talento, tan penetrante y tan distinguido... tú me acusarás, lo sé... pero ¿qué remedio? solo tú podrias hacerlo despues de lo que te llevó dicho.

Otra persona me acusa amargamente, y confieso que sufro mucho al ver su dolor... esta es mi madre... mi digna y noble madre.

Hace dos dias, y despues de leer una carta de Valentina—así se llama mi ángel—en la que se despedía de mí desconsoladamente, tomé una resolución definitiva.

Valentina se negaba á verme... se quejaba de la triste manera con que la habia comprometido: me hablaba de mi enlace con Clara, que aun creía posible, y rehusaba acudir al sitio de nuestras citas. Desesperado y llevando la muerte en el alma, resolví jugar el todo por el todo, y sin reflexionarlo mucho, corrí al cuarto de madre.

Me hallaba de bata, pues era temprano: mi madre, que nos tiene acostumbrados á guardarle toda clase de consideraciones, leia sentada en un gran sillón con respaldó esculpido las oraciones de la mañana.

El lacayo del salón, que precede al aposento de mi madre, pues esta conserva su lujo casi régio, me anunció.

—¿El marqués á estas horas? exclamó algo sorprendida: —has de saber que desde que tengo título, gracias á la eficacia de mi tío el arzobispo, mi madre jamás lo omite cuando me nom-

bra.— Juan, dile que puede pasar al instante.

Yo entré y le besé la mano.

—¿Qué traje, hijo mio! exclamó: ¿es posible que no hayas reflexionado que venias á verme?

—Perdon, mamá, repuse yo: ¿es tan urgente lo que tengo que decirte!

—Sin embargo, no podria oírte así: vé á vestirtte un poco y vuelve: te espero:

Sali y me puse un traje de mañana, tan esmerado como exige mi madre que los usemos.

—Ahora habla sin cuidado, dijo.

—Pues bien, mamá, balbuceé mirando al suelo, porque no me atrevia á mirar la majestuosa fisonomía de mi madre; vengo á decirte que no quiero casarme con Clara!

Mi madre me miró atónita: luego se echó á reír y dijo jovialmente:

—Vamos, niñas, como dos niños que sois! eso se pasará al instante.

—No se puede pasar, mamá, porque no hemos reñido: es sencillamente que conozco que no amo á Clara, y que no quiero casarme con ella.

—¿Que no la amas? ¿que no quieres? exclamó mi madre estupefacta. César, ¿olvidas que despues de un compromiso como el tuyo ya no hay razones que dar ni se admiten ningunas?

—Si me caso con ella, madre mia, seré muy infeliz.

—¿Quién ha dicho?... exclamó mi madre enojada: pero despues de un instante de silencio, añadió:

—Cásate... aunque te mueras despues..! al menos habrás muerto con honor! á veces es mas glorioso perder la vida en los combates del alma, que en una accion de guerra! quiero mas verte héroe, que verte dichoso!

—Madre mia, no puedo casarme con Clara, porque amo á otra!

A estas palabras, mi madre quedó aturdida, pálida, helada: medio cerró los ojos, y se dejó caer hácia atrás como si hubiera recibido un golpe mortal.

Luego se levantó: se acercó á mí y me puso la mano en el hombro con una dignidad fria é imponente como la de la estatua del Comendador.

—¿Y cuál es el nombre, me preguntó, de la mujer con quien quieres casarte?

—Valentina Herrera.

Un agudo grito salió de los labios de mi madre: yo, al verla tan pálida, creí que se desmayaba; y corrí hácia ella; pero bien pronto á su lividez sucedió el carmin de la mas violenta cólera: se levantó de nuevo, se cruzó de brazos y me dijo señalándome la puerta con una mirada soberana:

—Salga V.

Yo me dirigí á ella sin articular una palabra.

—Estará V. en su cuarto hasta dentro de

cuatro dias que saldrá de él para casarse con Clara, dijo mi juez: ahora salga V.!

Obedecí y me fui á mi cuarto, bien decidido á sacar á Valentina de su casa y á casarme con ella.

Sí, Camilo: lo que yo tomé por un pasa-tiempo lo han convertido en pasión formal el enojo de mi madre, ese enojo tan helado y desdoso, y los desvíos de Valentina.

Ella será la marquesa de Montemar: ahora culpame, condéname si quieres! Creo que mi madre se aplacará, y si no, me pasaré sin su consentimiento.

Me he cansado de ser niño, y ahora me toca mandar: Clara solo sabe dar órdenes y esta es la principal razón por la que la rehusó para esposa mia.

El dominio me es insoportable: solo la dulzura de Valentina podía cautivar-me.

Sí, Camilo, así que salga de este encierro, me caso con Valentina, y ha de ser aquí, en esta aldea, donde he de despojar su cabeza peregrina de las tocas de la labradora para ceñirle la doble corona de desposada y de marquesa.

Mi madre es injusta, y la injusticia no merece ninguna consideración; sufrirá, llorará algunos dias y despues amaré á Valentina, que ya se hizo apreciar de ella por sus admirables prendas.

Adios, Camilo, ¿cuándo vienes? á pesar de tu severidad, haces mucha falta á tu amigo

CÉSAR.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Á LAS RUINAS DE AMPURIAS.

Mirad, mirad; al desigual murmullo que constantes levantan las hondas de la mar contra las rocas, Ampurias duerme en la desierta playa. Las vanidades locas del mundanal orgullo, ciudades de la tierra

un instante acallad, y contempladla bajo el sudario que su polvo encierra.

¿A dónde está el poder que te engreía aliada altiva de la escelsa Roma?

¿Dónde de tus bazares la riqueza, que oscurecer podía

la de Tiro, Sidón y Alejandría?

¿Dónde, Ampurias, la vida, la grandeza que animó tu recinto ora desierto?

¿Dó las soberbias naves que velas cargadas de oro en tu animado puerto?

Al meditar en tus gloriosos dias,

ya en mi mente figuro tus plazas, termas, pórticos y fuentes, y hasta á la sombra del potente muro rodar tus carros, polular tus gentes. Aun juzgo en mi ilusión estar oyendo entre el murmullo de la edad pasada de tus talleres el confuso estruendo, y en la noche callada sobre la calma y soledad sombrías que cubren tu llanura abandonada, el lúgubre clamor de tus viglas.

¡Tanto poder al pensamiento es dado! Mas ¡ay! solo resuena por tu desierta arena, el paso del labriego indiferente que cruza sobre tí, como han cruzado siglos y siglos por tu hundida frente.

Quando tus puertas la amistad abria de Scipion á las soberbias haces, ¿quién augurar podía la calma funeral en que ora yaces? ¿Quién en ella te hundió? ¿Qué brazo infando pudo postrarte así? ¿Cediste acaso al golpe rudo del feroz Normando, cuando en negro turbion sus densas hordas bajaron desde el Norte al Occidente, dejando de su paso

la huella horrible, desastrosa, impura, que deja siempre asolador torrente sobre la mies de la feraz llanura?

¿O esas montañas de menuda arena por revuelto huracan fueron lanzadas, á manera de aquellas del desierto que en negras oleadas, el horrible Simoun desencadena, y cual ellas cruzando los espacios para siempre llenaron despiadadas tus arcos, acueductos y palacios?

¿Fuiste cual las ciudades del Oriente maldita del Señor, y como á ellas al señalarte en el oscuro suelo el dedo de su diestra omnipotente como nubo que avanza cubrióte al punto con siniestro vuelo el terrible Querub de su venganza?

¿O los pueblos distintos, que á la vez encerraron tus recintos, la muralla sagrada derrocaron que costumbres y lares separara, y en envidioso ardor, luchando á muerte, sucumbieron los dos, sin que dejara á la implacable suerte restos de lo que fué, ni aun el mas fuerte?

Así dos naves de rencor preñadas si en el estenso mar se descubrieron por el odio feroz arrebatadas muerte mandan al par con bronco acento, mientras vuelan, se enbisten y aferradas luchan cual dos atletas cuerpo á cuerpo:

llegan y huyen las ondas espantadas,
 todo en torno es fragor, humo, lamento,
 hasta que rojo punto chispeante
 brilla en una, se estiende, y acrecido
 por el recio aquilon, en un instante
 con un cinto de llamas las rodea,
 alzáse universal, ronco alarido,
 y antes que alguna vencedora sea,
 entrambas con horrisono estallido,
 dejan no mas de su furor insano
 las pavesas que traga el Oceano.

Ni aun quedaran de tí sobre la tierra,
 para mostrar tu gloria, ó tu fortuna
 cual de Menfis la altiva ó Babilonia
 el arco derribado ó la columna:
 ¡ay! ni un monton de escombros del que hicieran
 tus héroes pedestal, ó á do leyeran
 las futuras edades
 tu poder, tu infortunio ó tus maldades.

En vano ansía evocar el pensamiento
 hechos de que tu gloria fué testigo;
 todo la tierra con furor eruento,
 todo en sus senos lo escondió contigo,
 que aun cuanto á la memoria
 héroes acuden de gloriosa historia
 que aquí despues los siglos contemplaron
 lidiar y aun perecer, que consumaron
 hazañas que la edad mengua ó abulta,
 ni aun los miraste tú, los vió ese polvo
 que tus grandiosos restos nos oculta.

¿A quién reservas cuanto avara escondes
 bajo ese manto de infecunda arena?
 pero nada á mi voz, nada respondes,
 y al verte muda la razon severa
 como ténue vapor en la ancha esfera
 á través de los siglos vá perdida,
 y asombro grande al pensamiento aqueja:
 ¡ay! si ruda la muerte
 los restos de la víctima nos deja,
 nada nos dice su silencio inerte.

Lo que fuiste, lo que eres, de tu historia
 eso es dado alcanzar tan solo al hombre;
 al eco de tu nombre
 con curioso interés llega á tu arena
 que arrullan mansas de la mar las ondas;
 la mente allí, de tus recuerdos llena,
 de tu fin penetrar quiere el arcano,
 contemplar tus secretos, como un día
 los que hubieron Pompeya y Herculano.

Mas contigo se estrellan
 del hombre la constancia y la porfía,
 un puñado del polvo que te encierra
 con ímprobo afanar alza su mano;
 mas apenas profano
 la punta alcanza del mortuorio velo,
 de la Pirénea sierra
 cual si á salvar viniera tu secreto
 fuerte y árido norte se desata,
 y ancho surco de su afan objeto

la arena ciega, y su esperanza mata.

¿Acaso, acaso con tan frágil sello
 te quiso Dios cerrar eternamente,
 no dejando de luz so'lo un destello
 que de tu fin mostrase los azares,
 á la sed de inquirir que el hombre siente?
 ¿O así como á las ondas de los mares,
 de aquí no pasareis, dijo potente,
 á esa curiosidad de orgullo henchida
 dique puso tambien, dique liviano
 que nos postre y humille, en ese polvo
 que alza y apila el huracan insano?

¿Quién puede penetrar los insondables
 misterios del Señor? Prosigue, Ampurias,
 en tu sueño y tus sombras perdurables:
 el estruendo del mundo, ó las injurias
 del tiempo indiferente
 no turbarán tu calma, y á tu oido
 llegarán solamente
 cual del férvido mar llega el rugido.

Para mi fé sencilla
 eres tumba no mas, tumba sagrada
 donde el curioso ardor cede y se humilla.
 El alma aquí se oprime y anonada
 ante la soledad que te rodea,
 trayendo al pensamiento
 la pequeñez de la grandeza humana,
 vapor que forma y desvanece el viento.
 Ante ese mar que turbulento ondea,
 y la sublime inmensidad del cielo
 que decretara tan terrible fallo,
 siento crecer mi religioso anhelo,
 y humilde tiembo, me prosterno y callo.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

DEBERES DE LA MUJER.

(Continuacion).

Unos versos de Cervantes.—El autor á las lectoras.—Una vuelta de la jóven Carolina.—Su novio se muerde los lábios.—Juicio crítico de la conducta de este jóven.—Moral del cuento.

I.

Decia el inmortal Cervantes que

«Suelen las fuerzas de amor

Sacar de juicio á las almas,

Tomando por instrumento

La ociosidad descuidada.»

Y no contento con decir lo que queda eserito,
 aun añadia el muy discreto que,

«Suele el coser y el labrar

Y el estar siempre ocupada

Ser antídoto al veneno

De las amorosas ánsias.»

Y apoyado en la autoridad de tan juicioso autor, no juzgo que ha de ser atrevido corroborar aquellas frases con algunas otras que á renglon seguido van á ser estampadas. Suele suceder, señoras mías, que la mas hacendosa y trabajadora hija de Eva se cansa un dia (ó una noche, que viene á ser lo mismo para mi caso), se cansa, digo, de *coser y cantar*, al uso madrileño, y se lanza por esas calles á dar una vuelta, como acostumbra á decirse.

En el anterior artículo quedamos conformes en que la calle era un gran lienzo donde figuraban *pele-mele*, las hermosuras *graves* y las que no lo eran.

Sigamos por esas calles de Dios á la jovencita aquella, que acaba de salir de su casa. Personifiquemos ese sér abstracto llamado multitud, y tomemos la parte por el todo. ¿Habíamos de hablar del sexo en general? Hablemos, pues, de una de las componentes del sexo.

Veán ustedes que semblante tan jovial tiene la niña. No parece sino que acaba de recibir una buena noticia. Apenas oye lo que le va diciendo *mamá*, *Sí, sí, ya baja!* No hay que cansarse, señora, es inútil que se empeñe V. en que la niña repare en el escaparate de Schrop, ni en que mire á su tía que viene por la acera de enfrente. Ni hay escaparate, ni hay tu tía. La niña está diciendo adiós al amigo K..., que le acaba de dar un soberano apretón de manos. El amigo K... se separa de la niña, introduciendo el dedo índice por el cuello de la camisa, y la tía se acerca á su sobrina.

—Adios, tiita.

—Adios, queridas, ¿dónde vais?

—A dar una vuelta.

—Me parece muy bien. Os acompañaré hasta la calle del Desengaño. ¿Habeis estado anoche en el Liceo Piquer?

—¡Ay! nó. (Aquí la niña suspira con mas intensidad que Boabdil, el chico, al huir de Granada).

—Estuvo brillantísimo.

—¿De veras?

—Mucho. Se cantó la *Norma*.

—¡La *Norma*! ¡A mí, que me gusta tanto la *Norma*!...

—Sobrina, te llevaré al Liceo la primera noche que haya ópera. ¿Cómo es que no os veo por ninguna parte?

—Salimos poco...

—¿Qué haceis en casa?

—¡Psth!

—¿Recibís?

—¡Cá!

—Vamos, estareis ocupadas.

—Sí.

—Pues, es preciso que nos veamos. *Todo el mundo* pregunta por vosotras; hay quien os

murmura porque no os presentais en ningun lado... Ea, adios, yo voy á casa de la generala de Q.

—Adios, adios.

—Adios, sobrinita.

—Abur, tia.

—¡Que salgais de casa!

—Sí. Abur, tia.

—¡Ya iré á buscarte!

—Bueno, bueno. Abur, tia.

(Se continuará.)

EUSEBIO BLASCO.

UNA ARTISTA.

(Continuacion).

Buscó su obra, y la halló en un ángulo muy iluminado de la sala, que estaba llena de cuadros ybrillante de colores. Detúvose delante de aquella creacion de su talento y procuró juzgarla con imparcialidad. Aquel cuadro no representaba mas que flores; pero estas flores revelaban una idea, y sobre todo, un sentimiento. Eugenia, consagrada desde su nacimiento á la Virgen, habia querido que su primer lienzo fuese dedicado á la bondadosa Madre de Dios: en las frondosas ramas de una encina veíase oculta una imágen de María; al pié del árbol se elevaba un altar de césped, sobre el que la piedad de los aldeanos habia depositado algunas flores. Zarza-rosas de los bosques, botones de oro de la pradera, claveles abiertos á orillas de los arroyos, madreselvas y lirios de los valles, ramos de rosas, acacias, lilas, peonías y rosas de los jardines; todas las hermosas flores de la primavera se confundían, se enlazaban sobre aquel altar en el mas gracioso desórden... El cuadro se llamaba el *Mes de María*. Eugenia le miró primero con amor, porque pensaba en las dulces esperanzas que habia alimentado al hacer aquel trabajo: la proteccion de María, el amor de su madre, el recuerdo ya lejano de Ida, todas aquellas imágenes revivían para ella en aquel lienzo; pero, despues de haberle mirado con simpatía, le miró como artista, y le juzgó con severidad. El dibujo le pareció débil, el colorido poco animado: no era aquella la naturaleza, tal como la habia admirado en su gracia salvaje; no eran aquellas las flores, joyas sencillas y preciosas esparcidas sobre la tierra por la mano del Criador; era una naturaleza convencional, eran las flores de raso ó de papel, y no verdaderos pétalos, húmedos con el rocío del mes de mayo. Se volvió hácia su madre con tristeza, y le dijo:

—¡No es esto, mamá! ¡Oh! ¡Si pudiese pintar lo que tengo en la cabeza!

Su mirada se fijó al punto en otro cuadro, que representaba también flores, y se detuvo mirándole con admiración. Era una cesta llena de rosas; pero de rosas, que parecían frescas y perfumadas: unas, blancas en medio de un oscuro follaje, otras, con todos los matices del carmin, esparcidas en medio del musgo, y recordando todas las inmensas variedades de la más bella de las flores.

—¡Qué cuadro tan encantador! exclamó Eugenia; ¡qué vida! ¡qué frescura! ¡Oh! ¡mamá! ¡mira esa rosa real y aquella *Malmaison*, y esta magnífica rosa de Alejandría! ¡Qué riqueza de tono y qué seguridad de pincel!

—Hija mía, dijo la señora de Saint Dizier; ¿no te dice este cuadro otra cosa?

—¿Qué queréis decir?

—Mírale con atención: ¿no has visto nunca una cesta semejante á esta, llena de rosas de todas clases, y en medio de las flores un libro? Mira ese libro, es la *Imitación de Cristo*.... ¿No te acuerdas?

—¡La cesta que yo he dado á Ida! ¡Oh, mamá, tienes razón, es la misma, y ese cuadro solo Ida ha podido pintarlo!

Vivamente conmovida, buscó en el catálogo, y encontró en el núm. 283, una cesta de rosas, por la señorita *Ida Kœnig, de Tréveris*.

—¡Ella es! ¡Se acuerda de mí después de tantos años! ¡Ha obtenido un triunfo! ¡Qué gran talento y qué noble corazón! ¡Oh, mamá, soy feliz, muy feliz al ver esto...!

—¿Quién sabe si volveremos á ver á Ida? dijo la señora de Saint Dizier á media voz.

—Y aquí está el nombre de su hermano, observó Eugenia, que había hojeado el catálogo; mira: *El Sr. Federico Kœnig, cuatro cuadros: San Felipe Neri, orando en las Catacumbas de Roma: la Educacion de la Santísima Virgen: Santa Adelaida, escapándose de su prision: y Rodolfo de Habsbourg acompañando el santo Viático*.

Buscaron los cuadros, y los hallaron fácilmente, porque la concurrencia los había observado, y se detenía delante de ellos. Eran obras maestras, llenas de tono y de energía, y no se sabía qué admirar más, si el éxtasis de la plegaria, que espresaba el noble rostro del santo, orando en medio de las tumbas de los mártires, ó la piedad guerrera del pobre paje, conduciendo bajo el espeso enramado, orillas del torrente, el caballo que llevaba al Señor de los señores. Aquellos cuadros parecían que inspiraban el recogimiento de que estaban impregnados; é instintivamente, al mirarlos, se hubiese hablado bajo como en una iglesia.

—¡Es hermoso! dijo al fin Eugenia, ¡y nuestros amigos son muy dichosos!

Al día siguiente estaba sentada sobre su caballete, cuando resonó un fuerte campanillazo. Dorotea, cuyo paso era pesado por los años, salió á abrir; oyóse una exclamación, y en el mismo instante entró una señora joven en el estudio, y corrió hacia Eugenia. Esta no tuvo necesidad más que de mirar una vez.

—¡Ida! exclamó.

—¡Sois vos! ¡al fin sois vos! ¡os he buscado tanto tiempo! ¡Mi amiga, mi bienhechora, os vuelvo á ver!

—¡Oh, querida Ida, qué feliz soy!

(*Se concluirá*).

(Traducción).

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

TEATROS.

Muchas son las novedades que nos han ofrecido los teatros desde mi última revista, pero pocas las que han alcanzado el aplauso del público.

El teatro Real ha inaugurado sus funciones con muy desagradable éxito, al cual ha contribuido, en primer lugar, la mala elección de la ópera, y en segundo, su mediana ejecución.

El público no ha olvidado, no puede olvidar tan fácilmente los laudables esfuerzos de la empresa del teatro de Rossini que, á costa de tantos sacrificios y de sus propios recursos, se proponía agradarle, y forzosamente había de rebelarse contra la empresa del teatro Real que de tanta protección goza y tan poco ó nada hace para merecerla.

¿Podía satisfacer al público una ópera como el *Rigoletto*, cuyas representaciones se le han prodigado hasta la saciedad en años anteriores?

Eminentes artistas habían de encargarse de su desempeño para que no disgustase, y los que lo hicieron, estuvieron bastante desgraciados, sin que por esto tratemos de negar su mérito.

El Sr. Aldighieri, que tan admirable está en *Guillermo Tell*, hace un mal *Rigoletto*.

El Sr. Nicolini, tan aplaudido en otras ocasiones, cantó con muy poco acierto.

La señora Vitali es una joven que empieza su carrera, y si bien es verdad que tiene una magnífica voz, le falta aplomo, intención y ese *no se qué* que hace al verdadero artista y le distingue de un simple aficionado.

La señora Talvó carece de voz!

Por último, los coros estuvieron mal, y la orquesta nada más que regular.

Estoy convencida de que á este general desconcerto contribuyó no poco el disgusto del público, tan enérgicamente demostrado, en particular, en la segunda representación del *Rigoletto*, y por esta razón y porque creo que en el teatro se deben guardar siempre ciertas formas,

no puedo aplaudir la conducta del público por mas justificado que aparezca su enojo.

La silba de un público que se disputa todas las localidades de un teatro y ofrece un premio no despreciable por la cesion de un abono, solo consigue desanimar á los artistas que, por cierto, no son los mas culpables. El empresario, y massi tiene la conciencia del señor Bagier, oirá la silba con la sonrisa en los lábios y contando el oro que se empeñan en regalarle los inocentes descontentos.

El Sr. Bagier es un pecador reincidente, y nadie ha debido hacer caso de sus propósitos de enmienda, aun en el supuesto de que los haya hecho.

Conocido el flaco del Sr. Bagier, el mejor correctivo de su conducta hubiera sido que el público no se hubiera encariñado tanto con su teatro.

La *Norma*, cantada despues por las señoras Penco y Aldomani y los Sres. Nicolini y Selva, tuvo mejor éxito que el *Rigoletto*, pero en los artistas se notaba cierto temor natural, que no los dejó lucir por completo sus facultades.

Vamos ahora á dedicar algunas líneas á los demás teatros.

Solo el del Príncipe nos ha dado á conocer dos obras apreciables.

Titúlase la una *Las hijas de Elena*, y es una linda comedia en un acto, debida á la festiva pluma del Sr. Santistéban, que está llena de situaciones cómicas y versificada con facilidad y corrección: en su desempeño se hicieron aplaudir la señora Hijosa, por su desenvoltura y gracia, y el Sr. Fernandez, por su naturalidad.

Despues se ha puesto en escena, con buen éxito, una nueva produccion del Sr. Garcia Gutierrez, que lleva por título *Las cañas se vuelven lanzas*. El nombre de su autor era ya una garantía de la obra y á ella han respondido la gallardía de la versificacion y la facilidad y gracia del diálogo.

El interés de la accion y la importancia del asunto ocupan un segundo lugar en la última obra del Sr. Garcia Gutierrez que ha tenido que luchar en la transicion con que, á través de un escabroso argumento, pasa de lo cómico á lo dramático y en la cual se advierte alguna dureza.

Su ejecucion ha sido esmeradísima, y dignos de consignarse el lujo y propiedad con que se ha puesto en escena.

A la vez no puedo menos de aplaudir á la empresa por la preferencia que dá á las obras originales, hoy que las demás parece que han formado un empeño en presentarnos comedias traducidas, y arregladas cuya conducta no tiene ni aun la disculpa de la buena eleccion.

Debo hacer una escepcion en favor de la del

teatro de Novedades, que nos ha ofrecido un drama en cuatro actos, del Sr. Rivera, titulado: *La profecia*, el cual, á pesar de sus numerosos defectos, tiene escenas bellísimas y admirablemente versificadas.

El principal de esos defectos consiste en que el primer acto es mejor que el segundo, este mejor que el tercero, y este mejor que el último.

No obstante, esta obra es muy á proposito para el teatro en que se ha estrenado, cuyos concurrentes exigen, en primer lugar, recrear los ojos.

Las cuatro decoraciones que se han estrenado, obra del jóven pintor D. Manuel Dardalla, satisfacen cumplidamente esa exigencia.

En el desempeño de este drama merecen especial mencion la señora Rodriguez y el señor Zamora.

De las dos comedias *No mas hombres*, en un acto, arreglo del señor Araujo, y *Dos cartas y un caracol*, en tres, del señor Bermejo, nada diré, puesto que pasaron á mejor vida á poco de nacer.

Tampoco os diré nada de la comedia en tres actos, *arreglada* del francés por el señor Pinedo con el título de *Amar al prógimo*, estrenada en el teatro de Jovellanos: la empresa, al ponerla en escena, se olvidó de que el público era prógimo.

Posteriormente se ha estrenado en este teatro, con mejor fortuna, una zarzuela en un acto, *arreglada* por el señor Belza, con el título de *La casa roja*. Esta obrilla, aunque estravagante, divirtió á los concurrentes, respondiendo al objeto que con ella se propuso el señor Belza. La música es muy agradable.

En la ejecución se distinguió el señor Arderius.

El teatro del Circo nos ha ofrecido dos novedades: una zarzuela en un acto, titulada *Angelita*, arreglo de un *vaudeville* francés, ya traducido y representado tiempo hace con distinto título, y otra zarzuela en tres actos, nominada *El sexto marido*, arreglo tambien de otra obra francesa: el mérito de ambas obras no basta á disculpar el pecado de *arreglo* en que con tanta pertinacia se vá incurriendo.

Despues de escrita esta revista, ha debido estrenarse una zarzuela en un acto, titulada *El rapacín de Candás*. Pasmaos, lectoras mias... ¡es original!

Variedades nada nuevo nos ha dado: la señora Palma ha hecho su salida con la comedia *Mentiras dulces*, y ha sido aplaudida: la primera obra nueva que se pondrá en escena se titula *Los soldados de plomo*, y si no me han informado mal, se debe á la pluma del señor Eguilaz.

ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN.

FIGURA 1.^a Traje de recibir.—Vestido de glasé color de violeta: el borde de la falda está recortado en ondas, bastante grandes, y estas guarnecidas de un volantito doble de tafetan negro, encañonado: el ancho de este volante es de cinco centímetros.

Cuerpo *imperio*: redondo, muy corto, y holgado en el talle: los dos lados del pecho se doblan hácia afuera en forma de solapas bastante grandes, y se guarnecen de otro volantito de tafetan negro: desde las solapas hasta la cintura, no hay mas que un solo boton de glasé negro y bastante grande, que es el que abrocha el cuerpo: este está unido á la falda por delante, sin formar un solo pliegue: el vuelo empieza á recogerse desde la costura de debajo del brazo, y solo en el espacio que ocupa la espalda, por lo que es forzoso nesgar los paños en la parte de arriba.

Mangas ajustadas, con hombreras formadas por bucles de cinta de glasé negro: el borde inferior se guarnece con un volantito semejante al de las solapas.

Cinturon muy ancho de glasé negro con lazadas y largos cabos en el costado izquierdo: cada uno de estos está adornado en la punta con un enrejado y un fleco de felpilla fina.

Camisolín de muselina, con cuello vuelto liso, y mangas con puños altos, lisos también.

Corbata negra.

Cofia con fondo caído, de forma *catalana*, compuesta de entredoses bordados, separados por tiras de muselina, sobre las que atraviesan dos cintas color de violeta del núm. 4, rodeadas de un estrecho Valenciennes: al derredor de esta linda gorra, lazadas de Valenciennes, alternadas con otras de cinta del núm. 9: largas bridas de cinta, que se dejan flotantes.

Creemos que nuestras suscriptoras nos agradecerán el cuerpo *imperio* que, apenas ha aparecido en París, les presentamos: este sencillo y elegante traje es propio de señora casada, sea cualquiera su edad, pues así como su hechura hará parecer mas jóven á la misma juventud, es, por su color, adecuado para el estío y aun para el invierno de la vida.

Sirve también para comida, no siendo de mucha etiqueta, pues en un caso semejante solo están admitidos los vestidos de colores claros, y es preciso adornarlos algo mas costosamente.

En suma, es el mas adecuado para comida de familia, para recibir de día, y para asistir á un *lunch*, delicioso refrigerio adoptado por los franceses, que se ofrece á los amigos íntimos, de

dos á tres de la tarde, y que bien puede llamarse el té del día.

FIG. 2.^a Traje de visita y paseo.—Vestido de linós (tejido nuevo y muy fino), gris plomo: al borde de la falda, y colocado al aire, está adornado con un volante de la misma tela, al que sirve de cabeza un biés de tafetan punzó: el volante forma cuatro tablas y un espacio liso, en el que se colocan, en forma de pirámide, cuatro bieses punzó pequeños: por último, superando el biés que sirve de cabeza al volante, lleva un adorno compuesto de cuadros de glasé de un gris mas oscuro que el traje, y sobre cada uno de estos una cruz punzó.

Cuerpo con pequeños faldones.

Mangas casi ajustadas, y adornadas por dos bieses punzó: la hombrera está formada por otro biés.

Rotonda ó talma de la tela del vestido, forrada de florenza punzó, y guarnecida del mismo modo que la falda, si bien con el adorno mas en pequeño.

Sombrero *Fanchette*, de tul blanco bullonado, cubriendo solamente la mitad de la cabeza, y dejando por detrás los cabellos descubiertos: los bullones están separados por dos cintas punzó, que se terminan por detrás en lazadas, caen sobre el peinado y pasan por encima de una blonda blanca: una pluma se sujeta graciosamente sobre la copa: en el interior flores de granado: bridas dobles, blancas y punzó, sobre las que cruzan otras de tul de ilusión blanco.

Cuello y puños lisos, aquel adornado de un volantito encañonado.

Rogamos á nuestras favorecedoras que se fijen en la gracia infinita del sombrerito que acabamos de describir, y que pueden, sin temor de equivocarse, presentarle como modelo á su modista.

El traje, así como el sombrero, es de gran primor y frescura, aunque muy sencillo, y solo conviene á señorita jóven.

Suprimiendo la rotonda y el sombrero, sirve asimismo para convite y teatro, como igualmente para recibir en casa.

Siguiendo nuestra costumbre, los dos trajes que presentamos hoy como modelos, son de un precio muy moderado y de una elegancia perfecta.

Esto es lo que buscamos, y esto es lo que trataremos de presentar á las lindas y amables jóvenes que nos favorecen.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. española, Torijá, 14.